

28 de octubre de 1955.

Montevideo, MARCHA N° 787, pp. 20, 21, 22, 23.

Método y Significado de una Literatura Hispanoamericana

-I-

¿ÍNDICE O HISTORIA?

En ese superabundante análisis que es su **Muerte y Resurrección de Martín Fierro**, Ezequiel Martínez Estrada distinguía siete lecturas posibles del poema de Hernández. Tal vez todos los libros las admitan; la mayoría de ellos –seguramente– no las necesitan. El reciente **Índice de la Literatura Hispanoamericana – La Ensayística (Guaranía, México, 1954, 600 pp.)** no exige tantas lecturas como el **Martín Fierro**; unas cuantas por lo menos pueden, sin duda, sincoparse. Pero es un libro que acepta una serie, bastante variada, de enfoques, una diferencia, relativamente grande, de niveles de comprensión.

Una primera lectura del **Índice** se deslumbrará con la cantidad de autores de que se habla, con el volumen e importancia de las opiniones que se aventuran, con el largo rol de libros que se comenta y se juzga. Esa impresión la registran crónicas recientes de Vicente Salaverri y de Isidro Mas de Ayala.

Una segunda, una tercera lectura, ya advertirán otras cosas.

Advertirán, por ejemplo, que este libro no soporta la prueba de un método y que trata, por oblicuo sesgo, de evitar esa insuficiencia. En declaraciones recientes hechas a Ángel Rama y publicadas en el ya fenecido semanario **Match**, Zum Felde ha destacado que su libro es un **índice** y no una **historia literaria**, porque prescinde (no siempre) de cuadros históricos, de biografías, de cronologías, de correlaciones.

Muchos indicios y fundadas presunciones permiten sospechar que tal explicación no es de las válidas. Primero, porque los elementos que Zum Felde excluye –y el biográfico especialmente– no siempre han sido considerados imprescindibles por muchos historiadores de la literatura convictos y confesos. Muy cerca de nuestra mano tenemos, por ejemplo, la **Histoire de la littérature française contemporaine**, de René Lalou. Se trata de un excelente desarrollo que, con mil más, prescinde de todo contexto biográfico y no pretende, sin embargo, denominarse otra cosa que **historia**. Llama la atención, por otra parte, que nuestro compatriota emplee ese término de **Índice**, tanto para este libro, que es crítico, como para otro de los suyos, de selección antológica. No es otra cosa que su **Índice de la poesía uruguaya contemporánea** (Santiago, **Ercilla**, 1935). ¿Qué es este término, entonces, que pretendiendo significar algo recubre mercancías tan disímiles? Tampoco es el síntoma más tranquilizador de su vigencia el único discípulo que en esto Zum Felde ha tenido. El **Índice de la poesía peruana contemporánea** de Luis Alberto Sánchez, no forma parte de una obra signada por el rigor. No parece la mejor prueba de una aceptación, de un necesario significado. La invención, para terminar con esto, se nos hace más arbitraria, si se piensa en los móviles subjetivos que la crean, si se reflexiona en lo que elude y en lo que facilita. Porque este **Índice**, en su calidad de comodín metódico, le permitirá a Zum Felde prescindir de un trabajo arduo y tedioso: sistematizar, tabular fechas, ordenar rigurosamente es tarea de mucho menos brillo que el

de lanzar apodícticos pareceres sobre el destino de la cultura en América o sobre cualquier otra refulgente vaguedad.

Lo cierto es, pues, que Alberto Zum Felde emprendió –quíeralo o no– una historia literaria de la ensayística en América. Grave es que la haya emprendido a ciegas y en la más completa ingenuidad metódica que pueda imaginarse respecto a todas las dificultades que el género plantea.

Por razones que serían impertinentes aquí, de todas las disciplinas histórico-culturales, la historia literaria parece en nuestros días la de más inestable rumbo, la más incierta en sus métodos, la más dudosa de su propia legitimidad. Polémicas como la que hacia 1930 se trabó entre Spingarn, Daniel Mornet y Bernard Fay (admirablemente resumida por Philippe Van Thiegem) o planteos como el que, cerca de un cuarto de siglo después, realiza Gaëtan Picon en *L'Écrivain et son ombre* (Gallimard, 1953) así lo señalan.

-II-

LOS PROBLEMAS DEL MÉTODO

Hay una larga serie de opciones a dilucidar. Y puede justificarse la historia literaria si se dilucidan en cierto sentido. Puede aceptarse que **el valor** no sale de la historia; no resulta de ella, no es relevado automáticamente por lo temporal. Es una de las objeciones más reiteradas. Pero todavía se justifica la historia literaria si, a pesar de eso, se cree que ese **valor** está inmerso en la historia y desplegado en el tiempo; si se admite que en él y no fuera de él habrá de encontrarse, aunque relevarlo no sea fácil ni resulte de la perspectiva misma en que vemos las cosas. Puede aceptarse que para la ontología tácita que nace de ciertas posiciones de extremo idealismo se haga imposible la historia literaria, al negarse toda otra realidad que la del autor, la de su creación poética, autónoma y singular, y la de un **Espíritu**, mayúsculo y sin especificaciones. Puede creerse que en otras ontologías más ricas y más flexibles, las escuelas, las corrientes, los géneros, los estilos y hasta los temas, tengan una especial entidad que no será la del escritor, su expresión lírica o el Espíritu, pero será otra (u otras). Puede sostenerse, por fin, que es una inclinación incoercible de la inteligencia del hombre el historiar sus propias creaciones, viéndolas coherentemente.

Si todo esto pudiera valer por una sumaria justificación de la historia literaria, un montón imponente de cuestiones se agazapan detrás de ella. No son fáciles y, lo que es peor, no admiten la abstención del juicio, la prescindencia de una posición.

Si existe el valor, si existe la historia y si existen otras realidades que la biográfica del escritor y la objetiva de la obra, queda de cualquier manera en pie un juego de preferencias. Una verdadera encrucijada de caminos se abre ante la historia literaria posible.

¿Ha de ser esa historia una historia de obras o una historia de escritores? ¿O ha de tomar en cuenta unidades más amplias: grupos, colectividades? ¿Será, por ejemplo, la historia de ese medio, de ese caldo de cultivo, de esa **vida literaria** que está realizando en Francia la serie **Tallandier**? ¿Será, más formalmente, una historia de grupos, de corrientes, de escuelas, de filiaciones, de influencias? Mantiene su vigencia la concepción que de la historia literaria elaboraron hacia fines de siglo hombres como Brunetière y

Lanson. La historia literaria es, de acuerdo a ella, una historia de series rigurosamente establecidas, de coherencias bien probadas. Esta concepción está mucho menos muerta de lo que las apariencias harían creer.

Supongamos entonces elegida la materia, una materia. Cualquiera de ellas es infinita, inacabable. Queda la gran cuestión: ¿Qué es lo que vale la pena incluir? ¿De qué hay que hablar? Anderson Imbert, en su reciente (y excelente) **Historia de la literatura hispanoamericana**, manifiesta hablar de los escritores que no **hay que mirar con telescopio**. Se podría tipificar también aquellos que no hay que mirar con microscopio. Por pequeñez o por lejanía se puede estar igualmente fuera de un **campo** que, en el caso de estas historias, es el de la literatura. Sabemos de muchos historiadores literarios, y Zum Felde nos parece estar entre ellos, que no suelen plantearse la pregunta. Plantearse con rigor, plantearse con método porque en esto, como en tantas cosas, los fueros de la subjetividad sólo para los ignorantes son ilimitados. Existe toda una reducción fenomenológica o una investigación sistemática de lo literario con soluciones bastante satisfactorias (Reyes, Servien, Du Bos entre las últimas) y habrá que adoptar un punto de partida que será limitado y sin duda arguable pero que tendrá que operar como objetivo patrón definitorio. Es claro que esta adopción no cumplirá totalmente el papel pontifical entre la **naturaleza y el valor**: ¿qué verá el historiador y qué usará para ello: el microscopio, el telescopio o sus propios ojos? Puede elegir una visión, pero una vez elegida tendrá que tomar en cuenta todo lo que en su campo entre y no dejar afuera porque sí, por no saber ver, o por no mirar, todo lo que está dentro de él. Esto, que tal vez sea más que una imagen, puede valer por una conciliación entre el mero subjetivismo al uso y una objetividad radical, imposible en las ciencias de la cultura. La moraleja de esta comparación es la de que no se puede hacer historia literaria ignorando la mitad de las cosas: no viendo todo lo que está en el campo, no mirándolo todo por falta de esa mirada que es el conocimiento y el estudio; no pudiéndolo ver.

Zum Felde cree tener una perspectiva: **(no) es el rumbo de la fácil exaltación y de la mitopeya verbal sino (...) el de la revisión severa de valores y la palabra más estricta: midiéndonos con medida universal, la única que puede darnos la medida de lo que somos**. ¿Se ajusta a ella? Más adelante lo veremos.

Pero supongamos por ahora que sea fiel; que su lente esté regulado a un nivel de valores.

¿Qué es, todavía, lo que importa, lo que hay que ver? ¿Qué es eso del valor de un escritor en la historia literaria? ¿Es el valor de influencia, el de productividad, el de fecundidad? André Gide hacía pensar, con su agudeza de siempre, en las grandes figuras sin descendencia, destacando que lo que se continúa de cada escritor es lo más imitable, lo más fungible, lo menos valioso. ¿Es el valor de duración, de permanencia? Parece tejido de juicios falibles y subjetivos, influido a su vez por todas “las mentiras convencionales” de las otras historias literarias, de los estímulos oficiales, de las imitaciones pasivas, de las adhesiones muertas. ¿Será el valor de testimonio de una época, de un medio dado? Prima éste casi siempre a la insignificancia del laborioso, del documentario; es un criterio de historiador, ajeno al problema específico. ¿O importará (acaso) el valor representativo, el índice de triunfo o éxito de cada escritor en su vida y en su hora? Racine y Molière quedan, de acuerdo a él, como tantas veces se ha observado, muy atrás de otras solemnes mediocridades de las que hoy nadie se acuerda. Si nos guiáramos por él, haríamos una literatura hispanoamericana en base a Vargas Vila, a

Chocano, a Juan de Dios Peza, a Hugo Wast... ¿O será, por fin, esa historia, **historia desde el presente**, visión del pasado desde nuestros actuales patrones de valoración? Resulta, sin duda, el método más limpio, el más desembarazado y (también) el más fácil. Pero devora la historia en beneficio de la crítica; prescinde de la textura temporal de los acontecimientos y, en último término, es sólo el repertorio de juicios desplegados cronológicamente.

Imaginemos resuelto todo esto. Falta todavía la explicación del escritor, su comprensión; el método con que se indagará las fuerzas que plasman su obra. Puede creerse –con diversos fundamentos– que a esta obra la crean un carácter, una vida, la sociedad que la circunda, el lenguaje que emplea, los temas que maneja, las intuiciones radicales que la sostienen. Puede creerse cualquier cosa pero no se sale del paso con eclecticismos más o menos fáciles.

Todos estos problemas, muy decisivos en cualquier intento de historia literaria nacional se [...] gravemente en el caso de las historias literarias hispanoamericanas. Las mejores, como las de Pedro Henríquez Ureña, son muchas veces poco más que pulcras series onomásticas bien encuadradas cultural e históricamente. Otras, como la de Sánchez o nuestro reciente visitante Aubrun, meros repertorios de audacias e imprecisiones. **La unidad del campo** en ella es muy laxa; el uso del telescopio inevitable cuando se trata a los escritores del Caribe de principio del siglo y el del microscopio tentador cuando se habla de los amigos o del editor, si éste además de serlo es escritor. La ausencia correlativa de una historia de las influencias culturales, con técnicas de “literatura comparada” (nonata entre nosotros) crea secuencias artificiales de las que resulta un escritor vecino o discípulo de otro cuando lo único real es que leyeron el mismo libro europeo y reaccionaron similarmente ante él.

Esta lista de cuestiones tal vez parezca demasiado abrumadora. Pero no ha abrumado por cierto a Zum Felde que, a través de las macizas seiscientas páginas de este **Índice** salta sobre ellas y las elude con una ingravidez felicísima.

Falta saber, por ejemplo, qué posición adopta entre limitar la visión a la existencia singular de grandes escritores o atender a una vida literaria e intelectual en la que los grandes roles de epígonos, de seguidores, tienen un sentido. Estos séquitos [...] muy especialmente significativos en el plano de relación, crucial en último término, en que circulan las ideas y el género **ensayo** se ejerce. Tampoco queda claro si atiende a la originalidad y sólo a ella, en cuyo caso se prescinde de **las fuentes** como cosa ajena y previa a su estudio cabal o si, por el contrario, no se distingue entre todo lo que estructura la posición y el **temple de ánimo** del escritor. A veces esta historia de las influencias – tan importante en América– apunta someramente, analizándose, por ejemplo, las influencias de Ortega y Gasset y Waldo Frank. Otras falta por completo.

No se sabe tampoco a qué categoría atiende con preferencia, si a los representativos, si a los testimoniales, si a los simplemente valiosos. En el problema de las fuerzas que modelan la obra, tampoco es posible deducir si es sociologista (aunque declare no serlo), o psicologista, o formalista, o biográfico, o investigador de líneas temáticas. Por serlo a ratos todo y a ratos nada, se hace arduo deducir una posición coherente. A veces, para explicar la actitud de los positivistas mexicanos, recurre Zum Felde a la circunstancia histórica; a veces, para indagar en la obra de Manuel González Prada, a la biografía y a la psicología. Otras, intenta lo que los alemanes llaman la **stoffgeschichte** (la historia de temas), puesto que el **tema americano** es, en su caso, el ingrediente mayoritario del libro.

Otras, historia un género literario. En su ocasión, el género **ensayo**. Aunque no se sepa bien lo que ese género es. Aunque no se lo deslinde con un mínimo de precisión.

-III- ¿DE QUE ENSAYO NOS HABLA?

A través de sus seiscientas páginas, Zum Felde persigue la entidad de un ensayo que nunca –o casi nunca– encuentra; que se le hurta, que se le escapa. Careciendo de un previo concepto de su objeto de estudio, puesto que el autor ha iniciado el libro sin una definición manejable de lo que como ensayo considerará, resultan por lo habitual sin fundamento las inclusiones y exclusiones que en un intento de precisarlo postula.

Es absurdo considerar, por ejemplo, **ensayo** las crónicas de la conquista y aun la poesía colonial de tipo épico pero más absurda resulta la inclusión si después se excluye a priori toda la historia en sus diversas modalidades. Zum Felde no sólo desecha el tratado orgánico o el texto sino también la biografía, la monografía, el más informal ensayo histórico, los libros de viaje y esas memorias, ricas de atisbos de lo americano que declara dejar para la narrativa (p. 112). Ni siquiera en estos descartes es metódico, pues entre los viajes estudia el de Concolorcorvo aunque prescinda después, para ceñirnos al Río de la Plata, de los de Sarmiento, el de Varela, el de Groussac, el de Zorrilla. ¿Es juicioso, incluso, eludir en una ensayística del tema americano la serie admirable de esos **viajeros ingleses** (un [...], un Haigh, un Darwin y tantos otros) que nos devolvieron, antes que los propios americanos, una visión fresca y vivísima de nuestro mundo? Y [...] mejor en la narrativa que aquí esos retrospectos, esas autobiografías chorreantes de peripecia americana que son los libros del general Iriarte, de José María Paz, de Blanco Fombona y de Vasconcelos?

Todo esto está descartado por Zum Felde como **historiografía**, al aceptar sólo la **historiología**, o lo que Zum Felde, con ingenuidad metódica sin par en 1955, llama **filosofía de la historia**. Concibe esta indisciplinada disciplina como cosa radicalmente distinta de lo que, con más ingenuidad aún, llama historia **atenida a la sola verdad documental y expositiva** (p. 146).

Parece lógico después dejar fuera del libro todo lo atinente a la Economía y al Derecho que [...] dan en ciertas zonas indisimulablemente científicas y extraliterarias; pero más allá de ellas se despliega en América una ancha franja de reflexión política, económica, jurídica, social que es muy rica en atisbos ensayísticos y que Zum Felde, sin explicación ni fundamento, prefirió olvidar.

¿Con qué criterio, sino el del capricho y la comodidad, decide tomar Zum Felde en cuenta aquella ensayística que esté recogida en libros, y **eso no siempre**, como agrega con suficiencia magisterial? Teniendo en cuenta la indefinición que para él la ensayística asume, pudo bien haber pensado que se dan obras –y el buen gusto y la hospitalidad de este semanario me impiden mencionar alguna que se me ocurre– que por su valor intrínseco, por su influencia en la mentalidad de un país, por su significación en [...], no hubieran debido quedar fuera de su libro.

Cierto es que nada de lo que hemos mencionado es ensayo en el sentido clásico, tan impreciso por otra parte, que le dieron al género Montaigne y sobre todo la típica línea inglesa de Harzlit, Lamb y Macaulay. De ser tenido sólo en cuenta ese sentido –cierta

magnitud intermedia entre el artículo y la monografía, un movimiento de variedad y libertad, la ilimitación temática, la coexistencia de diversos planos de ideas: estéticas, filosóficas, religiosas, políticas, un lenguaje de carnalidad y ambigüedad significativa—, de ser tenidos sólo en cuenta la materia a estudiar se hubiera restringido muy severamente. Sólo Montalvo y Rodó entre los mayores, algún otro tal vez, hubieran ingresado y cumplido con los cánones. Como su libro tiene seiscientas páginas, parece cierto que tampoco casi nada de lo que Zum Felde trata es ensayo, sino tratado, panfleto, monografía cabal, artículo y discurso. Todo Martí, por ejemplo, todo González Prada, todo Bello caben bajo estos rótulos.

Alguna vez, para todo este mundo de libros y obras que queda fuera del área de la imaginación narrativa, del teatro y de la poesía nos propusimos usar el término de prosa no-imaginativa. El rótulo no es elegante ni siquiera indiscutible, pero nos parece más modesto y más útil que este perseguir una ensayística espectral, tomando presas que nada tienen de tal y reteniéndolas o abandonándolas sin razones.

Esta contradicción entre la naturaleza y el valor, es decir: entre una categoría de objetos definidos por una serie de rasgos externos y aquella de los que importan realmente dentro de la primera; la contradicción entre una validez intemporal y una influencia dentro de las series del tiempo; la doble exigencia de atención al escritor y a la obra; la disyuntiva entre la entidad puramente convencional o la efectiva realidad de estilos, corrientes y géneros, son cuestiones que se acentúan aún más gravemente en el caso de la ensayística (suponiéndola incluso bien delimitada).

La plétora, la plétora, es lo que nos mata, decía Alfonso Reyes. En nuestro medio, en estos países, la contradicción entre naturaleza y valor es más aguda en esta zona del ensayo que en cualquier otro género, puesto que todo hispanoamericano alfabeto podrá no haber hecho poesía o cuento o teatro pero es habitual que haya escrito alguna página de orden ensayístico, que, pese a su carácter ocasional, pudo ser importante. Esa página pudo tener en sí una validez de influencia, de eco, que no se refleje sobre el autor en forma de prestigio y perduración, pero se inscriba, en cambio y durablemente, en el desarrollo de las ideas americanas. Me parece pues, evidente, esta necesidad de contar con todo un mundo de obras menores, si las líneas (de temas, de ideas) han de ser coherentes, e igualmente evidente la posibilidad de que estas líneas estén menos imputadas a una personalidad que en el caso de la lírica y de la narrativa. La importancia de las obras, su volumen, en el caso de la prosa no-imaginativa parece no contar demasiado. Por lo menos cuenta sin duda en forma muy menor a lo que cuenta en el caso de la lírica: Enrique Banchs, gran poeta con obra cortísima, es una excepción; los sonetos del impresor Plantino y de D'Anvers son poca cosa más que anécdotas de la vida literaria.

Que la prosa no imaginativa esté menos enfeudada que otras a los mecanismos de la expresión, que sea menos imputable a los avatares de lo lírico, de lo expresivo, de lo circunstancial, menos dependiente de una inexorable alusión al personaje-autor y a un núcleo total en el que inscribirse, impondrá que la historia del ensayo sea menos un estudio de personalidades que un estudio de obras. De obras que se iluminarán menos en el cotejo con aquella que en el que realicen con otras obras, con otras ideas, con otras influencias.

El pensamiento parece mucho más naturalmente adscripto a esas líneas temáticas y

doctrinarias que importan, sobre todo, cuando están en su plena coherencia y completez. Dentro de esas líneas podrán integrarse entonces obras mayores y obras menores, creaciones originales y simples ecos de influencias, grandes personalidades decisivas y modestos epígonos, circunstancialmente significativos.

A veces nos parece que **lo real** de este libro, y lo único real, es la historia del pensamiento hispanoamericano que corre, discontinua e informalmente, bajo él y para el que sus mejores páginas no serían sino, a la postre, materiales para su desarrollo. Aceptemos que otra cosa parecería poco posible en un género que, para resultar completo, exigiría una erudición y culturas histórica, filosófica, social y filológica que están mucho más allá de las posibilidades mostrables de su autor.

Esta historia de la ensayística, este **índice** admite la posibilidad de dibujar un plan o un esquema para la historia cabal que podría ser. El tema de lo americano; sus modalidades, sus problemas específicos: el del **conocimiento**, el de **los ingredientes raciales**, el de las **influencias extramericanas**, el del **principismo** y el **realismo políticos**, el **de la culpa**, el de **los peligros**, el de **las técnicas de la reforma**; la gama de actitudes que se dibujan ante ellos; los modos de conocimiento que los enfrentan admite, y alguna vez nos empeñaremos en ello, una organización. No parece probable que, mientras no se intente esto, sea posible que una obra del tipo del **Índice** haga más de lo que hace.

-IV-

INCLUSIONES Y EXCLUSIONES

Las limitaciones caprichosas que Zum Felde le impone así a un género tan naturalmente sin fronteras como es el ensayo, explican en buena parte las muchas exclusiones que se le han anotado y las innumerables que podrían anotársele. Las reseñas recientes de **La Nación** y **La Prensa** de Buenos Aires, la de **La Gaceta de Cultura** de Montevideo, insisten casi totalmente sobre ellas, como si aspectos más básicos del libro no merecieran más inmediata atención.

Señalemos brevemente: Zum Felde no es fiel a aquella necesidad de coherencia óptica que señalábamos y mucho de lo que queda fuera del libro es tanto o más importante que buena parte de lo que entra en él. Puede decirse en su defensa que de los nombres realmente decisivos (un Bello, un Sarmiento, un Rodó, un Martí, un Montalvo, un González Prada, etc.) ninguno ha sido excluido pero, más allá de esos hitos inevitablemente visibles, todo lo demás se hace, a pocos pasos, oscuro y discutible. Algunos lectores informados podrían optar pues, por aplicarle a este **Índice** el título que él propone para el conocido volumen de Medardo Vitier: **de algunos ensayistas americanos** (p. 587). Nosotros no nos inclinamos a tanto pero pensamos que otro texto, de magnitud similar al que se ha escrito, podría integrarse con los nombres olvidados (si con el método y los defectos de realización que estamos señalando y señalaremos, si ello valiera la pena, si ello resultara –improbablemente– útil).

Marquemos sólo algunos descartes fundamentales.

El de la prosa, ensayística y artículos, por ejemplo, de ciertos escritores –caso de Leopoldo Lugones, de Gabriela Mistral entre otros– cuya significación se centra en otros

géneros, pero que han realizado también en este campo una aportación de fundamental importancia.

Constelaciones enteras en las que el ensayo y sus géneros conexos han dominado sobre toda otra forma de expresión literaria se hallan totalmente eliminadas. La generación del 80 argentino por ejemplo, que contó figuras como Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, Martín García Merou, Miguel Cané y Lucio V. López. De las décadas posteriores no se nombra ni a Joaquín V. González ni a Estanislao de Zeballos ni, sobre todo, a Agustín Álvarez, típico ensayista de lo americano, ni al posterior Juan B. Terán, de intereses similares. De la misma época o de la generación de 1900 en América se hallan descartados autores tan inevitables como Francisco Bulnes, autor de **El porvenir de las naciones latinoamericanas**, César Zumeta, el de **Continente enfermo**, Joaquín García Monje –aunque sea su actitud de promotor intelectual y no su obra escrita lo importante–, Santiago Argüello, Víctor Belaúnde, Manuel Díaz Rodríguez, maestro de prosa entre todos los modernistas, Pedro Arcaya, del decisivo grupo venezolano, Ezequiel Chávez, uno de los maestros del pensamiento mexicano, crítico y filósofo, Enrique Molina, de similar significación en Chile y, sobre todo, Alejandro Deustua, básica figura de la filosofía en América, portavoz de las corrientes bergsonianas y, sobre todo, el único pensador de su generación directa y creadoramente interesado en estética.

Descartado se halla también todo lo que cabría llamar el pensamiento tradicional en política, religión y filosofía. De esta corriente de pensamiento cuya importancia y valor pudiéramos decir antifonal, ha destacado con su agudeza José Gaos, no se mencionan siquiera dentro del siglo XIX americano a Lucas Alamán, a Bartolomé Herrera, ni a los argentinos Esquiú, Goyena, José Manuel Estrada y Félix Frías, ni a los colombianos Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez. De Rafael Núñez y de García Moreno se dicen pocas cosas más que vaguedades. Los actuales representantes del pensamiento tradicional sufren una suerte más equitativa: están eludidos junto con todo el actual pensamiento histórico-político en América.

Manifiesta es la preferencia de Zum Felde por esos filósofos de la historia, ensartadores de vaguedades sobre las relaciones entre la cultura americana y la europea, y manifiesta es también su correlativa displicencia por todo el ensayo que sobre planteos definidos y desde perspectivas firmes indaga en la materia de su contorno. ¿Cómo explicar si no esa exclusión en bloque del ensayo político-social y de sus ramificaciones pedagógicas, económicas e históricas? Piénsese que no sólo el pensamiento tradicional está descartado de un plumazo sino que también el grupo o Generación de la reforma universitaria de 1918, aglutinación de una posición americana con propia coherencia continental, versión muy típica de la izquierda de la primera postguerra, no está siquiera señalado. Piénsese que ni se menciona todo el género de ensayo antimperialista, tan caudaloso en América después de 1900, ni la teorización histórico-cultural del indigenismo en el Perú.

¿Puede escribirse una historia del pensamiento y la ensayística americana sin estudiar a Carlos Pereira, a Vicente Lombardo Toledano, a Daniel Cossío Villegas, a Jesús Guiza y Azevedo, a Alfonso Junco entre los mejicanos? ¿Hacerlo igualmente sin los cubanos Emilio Roig de Leuchsenrigg, Márquez Stirling y Ramiro Guerra y Sánchez? ¿Sin los chilenos Alberto Edwards y Eduardo Frei Montalva? ¿Sin los peruanos Luis Eduardo Valcarcel, J. Uriel García y Haya de la Torre? ¿Puede prescindirse de los ensayos económicos de Víctor Paz Estensoro, tan ricos de sustancia americana? ¿Cabe evitar toda

la existencia de dos y tres promociones argentinas muy divididas en filiación ideológica pero muy similares en su pasión por el objeto nacional y por la aspiración a buscar una doctrina argentina? Desde Juan B. Justo, Ingenieros y Lisandro de la Torre, una corriente de pensamiento de izquierda, a veces marxista, ha tenido representantes como Carlos Sánchez Viamonte, Julio V. González, Gabriel del Mazo, Juan Lazarte, Gregorio Berman, Deodoro Roca, Augusto Bunge, Raúl Orgaz y Aníbal Ponce hacia la altura de la generación de la Reforma Universitaria.

Esa línea fue seguida después por hombres como Américo Ghioldi, Dardo Cúneo, José Luis Romero, Rodolfo Puiggrós, Héctor Agosti y Jorge Abelardo Ramos. Desde la transformación católico-nacionalista de Lugones, la prédica periodística de Gustavo J. Franceschi y los decisivos C. C. C. (**Cursos de cultura católica**), una numerosa promoción de labor filosófico-histórica y política se deslinda después en una línea cristiano-demócrata en la que se han destacado Rafael Pividal, Manuel Río, Augusto Durelli y Eugenia Silveyra de Oyuela, y en otra de acento nacionalista-católico con César Pico, Mario Amadeo, Julio Menvielle, Santiago de Estrada, Federico Ibarguren, Alejandro Ruiz Guiñazú, Máximo Etchecopar, Arturo Enrique Sampay e Ignacio Aizategui. Tampoco falta una línea nacionalista, sin tono religioso, que mucho tuvo que ver (aunque no en todos) con el peronismo inicial, a través de su atención antimperialista y antiberal: Roberto de Laferrère, Julio y Rodolfo Irazusta, Ramón Doll, Ernesto Palacio, Raúl Scalabrini Ortiz y Homero Guglielmini. Caso especial lo plantearían las biografías de Manuel Galvez, su **Vida de Hipólito Irigoyen**, sobre todo, bastante superiores a sus novelas, y de aguda y eficaz intención política.

En este rubro de exclusiones sistemáticas, aceptado incluso lo que se llama **historiografía** (aunque trate de Gil Fortoul y a otros que lo son incontestablemente), ¿no pierde dimensiones fundamentales el ensayo americano se se olvida por ejemplo, entre cien, a Mitre, tan lleno de direcciones, o, entre los recientes, a los argentinos Rómulo Carbia y Abel Cháneton, y al mexicano Silvio Zavala? Ciertos temas como el de la leyenda negra o el del romanticismo, tan manoseados por los divagadores, reciben con ellos un ajuste definitivo.

Otros descartes no responden al capricho de un método, sino simplemente al desconocimiento o al olvido. En la literatura argentina solamente, que tan cerca tenemos, se excluyen figuras tan considerables como Alberto Gerchunoff, Samuel Glusberg (Enrique Espinoza), Julio Navarro Monzó, Vicente Rossi, Marcos Victoria y otros posteriores.

Algunos nombres son menos indiscutibles pero son las inclusiones las que les dan derecho. ¿Por qué, si se estudia una buena serie de filósofos, se escamotea, salvo Astrada y Miguel Angel Virasoro, toda la generación argentina posterior a Korn y a Romero: Fatone, Farré, Ravagnan, Franceschi, Juan Adolfo Vásquez, Dujovne, Sepich, Quiles, Derisi, Castellani y tantos otros? ¿Por qué un ensayo admirable como **Ley, Historia y Libertad**, de Sebastián Soler? ¿Por qué a Eduardo García Maynez, a Carlos Cossio, al peruano Alberto Wagner de Reyna –ensayista de primera agua además de filósofo sistemático–, al chileno Finlayson?

Si se nombra a Arturo Maraso, de obra tan regular, a Giusti, y a Donoso, ¿cómo se fundamenta la exclusión de cien nombres –por lo menos– argentinos: Battistesa, González Lanuza, Bianco, Revol, el brillante Tulio Halperín; los de los peruanos Aurelio y Carlos Miró Quesada, el del mexicano Iduarte, el de Juan Marinello?

Con los ensayistas uruguayos el trato es aún peor: Zum Felde estudia solamente a Rodó, Vaz Ferreira, Reyles y Víctor Pérez Petit. Justas son naturalmente las tres primeras inclusiones. Menos la del último, si se piensa no en lo mucho que escribió sino en lo poco que queda de él. En cambio de las generaciones anteriores a 1900 casi nada se dice. Sólo se trata muy de pasada a José Pedro Varela, mencionándose apenas a Andrés Lamas. Puede decirse y con razón que, en esa época –¿sólo en ella? – no tuvimos cumbres. Pero tampoco fueron eminencias muchos autores de otras regiones americanas –un Lastarria, un Bilbao– que Zum Felde estudia minuciosamente. Con lo que se hace más injusta esa exclusión en bloque. Los **Estudios históricos** de Magariños podían haber tenido una mención. La labor de Juan Carlos Gómez no es distinta en sustancia a la de lo que fue la de Juan Vicente González en Venezuela. Lamas es capital para el desarrollo del romanticismo teórico y del historicismo en el Río de la Plata. Angel Floro Costa fue una figura llena de interés y su **Nirvana** (1880) es típico ensayo. Melián Lafinur podía haber entrado holgadamente en filas. Las conferencias de Juan Carlos Blanco sobre el naturalismo (1882) fueron capitales. Soler, Julio Herrera y Obes, Pedro Bustamante podían haber tenido una referencia. Pero sobre todo Bauzá, con sus **Estudios Constitucionales** y sus **Estudios Literarios**, estaría en una ensayística con mucho más derecho que buena parte de los que en ella aparecen. E igualmente lo estaría Zorrilla de San Martín que, además de poeta e historiador, es autor de libros de ensayos, entre los cuales los dos últimos: **El Sermón de la Paz** y el **Libro de Ruth** son de muy firme calidad.

De la generación de 1900 y sus epígonos, a nadie, salvo a los tres nombrados, se estudia. Aunque, recorriendo una lista de posibles exclusiones, nos haya asombrado lo poco que de esa promoción brillante haya sobrevivido en esta área de lo ensayístico, pudieron ser un poco más que nombrados Roberto Sienra, Emilio Frugoni, Alvaro Vasseur y Montero Bustamante. Pedro Figari y Joaquín Torres García cumplieron en el ensayo una labor cuyo interés es acrecentado por su significación pictórica. No se los menciona siquiera.

De la promoción que se inicia entre 1915 y 1920 (fin de la guerra mundial, reforma colegialista, irrupción de los [...]) sólo se nombran, simplemente, a Emilio Oribe y Eduardo Dieste. Es muy poco. Y, prescindiendo en adelante de los vivos, tan susceptibles, señalemos que en esa generación se dieron tres nombres inevitables. Son los de Alberto Lasplaces, Mario Falcao Espalter y Gustavo Gallinal. Lasplaces fue más que nada un articulista, pero sus **Opiniones Literarias** es libro excelente. Falcao, tan apasionado, tan discutido y atacado, tan penetrado por las novedades de la época, fue hombre de formidable cultura, investigador solidísimo y agudo crítico. Gallinal, desviado después por la política, fue un maestro de la crítica de temática nacional y eficaz historiador de lo contemporáneo.

De la generación que se inicia entre el Centenario y el Golpe de Estado de 1933 a nadie se nombra. Tal vez no sea muy rica, como ninguna de las uruguayas, en típicos ensayistas. Pero algunos nombres de ella debieron sobrenadar.

De la última, de la que surge entre el fin de la guerra mundial y estos años, sólo Mario Benedetti es mencionado. Por la calidad y hasta por la entidad cuantitativa y –cosa rara, libresca– de su obra la referencia es justísima. Pero tal vez Benedetti hubiera preferido (y merecido) no estar tan robinsonianamente solo.

Una conclusión y hasta una disculpa parecen evidentes. Es la de la pobreza –que ya alguna vez hemos señalado– con que se da entre nosotros esa ensayística de lo americano o de lo nacional tan copiosa en otros países. El **Nirvana** de Costa podría ser un antecedente lejano de ella. El **Ariel**, hasta cierto punto, un intermedio. Pero en un largo trecho sólo Julio Martínez Lamas, con su **Riqueza y Pobreza del Uruguay** (1930), intentó acercarse, desde una perspectiva económica, a nuestra realidad orgánica. Sólo en nuestros días se dan algunos nombres. La tentativa, por ejemplo, que importa el libro de Horacio Arredondo: **La Civilización del Uruguay**. Algún volumen, poco conocido, de Güinasso. Algunos artículos de Lockhart y Arturo Sergio Visca en **Asir** son fundamentales. Carlos Maggi y Manuel Flores Mora se han acercado, por la vía humorística pero muy agudamente, a nuestra entidad nacional. Por vía distinta lo hace Daniel Vidart desde **El Día**. Han manejado igualmente esa temática en **Problemas de la Juventud Uruguaya**, Roberto Ares Pons y Juan J. Fló.

Algunos planteos más conocidos pueden parecer cuestionables. El de Eduardo J. Couture, en **La Comarca y el Mundo**, abunda en un optimismo que a otros rechaza. Le mueve cierta inclinación congenial a destacar los aspectos luminosos y estimulantes de la realidad, un indesarraigable sesgo activista y pragmático, una rodoniana inclinación al epílogo esperanzado. El de Justino Jiménez de Aréchaga: **Panorama institucional y social del Uruguay a mediados del siglo XIX** (1949) es un reflejo de la natural satisfacción que embarga a la clase dirigente político-financiera-doctoral, que controla el país –suaviter in modo, fortiter in re– desde hace tres lustros.

Piénsese lo que se quiera de estos y otros intentos ¿cómo no tenerlos en cuenta en un volumen tan copioso, tan arbitrario en ciertas inclusiones?

Carlos Real de Azúa